

AGENTE
GEORGE
SMILEY

JOHN le CARRÉ

Asesinato de calidad

BESTSELLER

booket

John le Carré

Asesinato de calidad

Traducción de María Luisa Borrás

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Murder of Quality*

© 1962, le Carré Productions

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avinguda Diagonal, 662, 6.^a planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

El editor queda a disposición de aquellos que ostenten los derechos de la traducción de María Luisa Borrás, con quienes no ha podido contactar.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Laura Evans / Arcangel

Fotografía del autor: © White Hare Productions Ltd

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2016

Depósito legal: B .12.844-2016

ISBN: 978-84-08-16018-2

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

I

Velas negras

Es una opinión generalizada el que la grandeza y esplendor del Carne School procede de Eduardo VI, cuyo celo docente —según la historia— procede a su vez del duque de Somerset. Sin embargo, Carne se siente más inclinado hacia la respetabilidad del monarca que hacia la discutible política de su consejero. Además, no hay que olvidar que los grandes colegios, al igual que los reyes Tudor, se ordenan en el cielo.

Y ordenado en el cielo o no, la grandeza y esplendor del colegio Carne resultan poco menos que milagrosos. Fundado por unos oscuros monjes, recibió la dote de un muchacho enfermizo que era rey y fue, posteriormente, redimido del olvido por un tirano victoriano. A sus órdenes, Carne se atiesó el cuello, compuso su cara y sus manos que sabían a rústico y con toda pompa y esplendor hizo su presentación en la corte del siglo xx. En un abrir y cerrar de ojos, el patán queda convertido en el preferido, Londres lo apadrina: Carne ha triunfado.

Porque Carne posee pergaminos en latín, distinguidos sellos en cera y un Laminas Land* tras la abadía.

Porque Carne posee, además, una hacienda en propiedad, claustros, carcoma, una plataforma donde recibir los latigazos, amén de un renglón completo en el libro de Guillermo el *Conquistador*... Así que..., ¿qué más puede exigirse de un colegio encargado de la educación de los ricos?

Y los hijos de los ricos iban llegando. A comienzos del semestre. En el andén de la estación, durante toda la tarde, los trenes descargaban siniestros racimos de muchachos vestidos de negro. Iban llegando. En grandes coches relucientes de puro negro. Al funeral del pobre rey Eduardo, haciendo rodar por la calle empedrada carritos de mano o acarreando la maleta como un pequeño ataúd. Algunos con toga, como cuervos o ángeles negros que hubiesen descendido a presidir el funeral. Otros, discretos y mudos como personal de pompas fúnebres, repiqueteaban las negras botas al andar. En Carne siempre se está de luto: unos —los más chicos— porque tienen que quedarse, y otros —los mayores— porque tienen que marchar; los profesores, porque el luto es respetable; y sus esposas, porque la respetabilidad nadie la paga. Ahora que el semestre de Pascua estaba a punto de terminar, la niebla pegajosa y lóbrega, más firme que nunca, ondeaba en las grises torres de Carne como un sudario.

* Campo de césped donde tradicionalmente se celebraban en agosto las fiestas de la cosecha.

Tristeza y frío. Frío cortante como el pedernal. Cortaba la cara de los alumnos que lentamente abandonaban el campo de juego al terminar el partido. Traspasaba los abrigos negros y convertía los tiosos y puntiagudos cuellos que se ceñían alrededor de sus gargantas en un aro de hielo. Helados, tiritando de frío, marchaban penosa y despaciosamente a lo largo de la interminable carretera amurallada que llevaba a la cantina principal y al pueblo. La fila se desgranaba gradualmente en grupos y los grupos en parejas. Dos muchachos, más frioleros quizá que los demás, cruzaron la carretera y prosiguieron por un estrecho sendero que llevaba a otra cantina, más lejana pero menos concurrida.

—Si he de jugar otro de esos infames partidos de rugby, me muero. Son unos animales. Un estruendo de miedo —dijo el alto, de pelo rubio y que se llamaba Caley.

—Se desgañitan sólo porque los profes les están contemplando desde la tribuna —añadió el otro—. Por eso se sientan en el mismo lugar del campo por «casas»,* por eso. Los de cada «casa» juntitos para que su profe pueda decir que eran «ellos» los que voceaban más.

—¿Y Rode? ¿Qué? —preguntó Caley—. ¿Por qué se viene con nosotros para hacernos gritar más y mejor? Él no tiene a su cargo ninguna «casa», ni nada. Es sólo un maestrillo.

—Y se pasa la vida haciendo la pelota a los demás profes. No hay más que verle cuchichear en los recreos con los peces gordos. Todos los profes novatos hacen lo mismo.

El compañero de Caley era un cínico muchacho pe-

* Los diferentes edificios de un colegio donde residen los estudiantes.

lirrojo llamado Perkins, prefecto de la «casa» que estaba a cargo de Fielding.

—Rode me invitó a tomar el té el otro día —dijo Caley.

—Rode es un perfecto desastre. Lleva las botas de color marrón. ¿Qué tal el té?

—Flojo. Es curioso cómo el té traiciona. La señora Rode puede pasar. Un ama de casa y así, pero sin clase. Cubrebandejas y pájaros de porcelana. La comida no estuvo mal. De *La buena cocinera*, eso sí, pero no mala.

—El próximo semestre, Rode pasa a encargarse de los cadetes. Se le llena la boca repitiéndolo. A la legua se le ve que no es un caballero. ¿A que no sabes a qué colegio fue?

—No.

—A una escuela secundaria de Branxome. Fielding se lo dijo el semestre pasado a mamá, cuando vino de Singapur.

—¡Dios santo! ¿Y dónde para Branxome?

—En la costa, por Bournemouth. —Perkins hizo una pausa y luego añadió—: A mí Fielding me invitó a tomar el té. Sacó además castañas asadas y crepes. Pero ¿sabes?, nunca hay que darle las gracias. Dice que dejemos las efusiones para los inferiores. Muy propio de Fielding. No se parece en nada a un profe. Me da la impresión de que los chicos le aburren. Cada semestre nos invita de cuatro en cuatro a los de su «casa», a tomar el té con él y ésa es casi la única vez que nos dirige la palabra.

Siguieron caminando otro trecho en silencio hasta que Perkins dijo:

—Hoy, Fielding da otra cena.

—Vaya, está echando la casa por la ventana —re-

plicó Caley en un tono desaprobatorio—. Imagino que ahora la comida de vuestra «casa» será peor que nunca.

—Es que éste es su último semestre antes de que lo jubilen. Está invitando a cenar a todos los profes como despedida. Uno cada noche con su respectiva esposa. Velas negras en la mesa. En señal de duelo. La extravagancia elevada al cubo.

—Es como una especie de gesto.

—Mi páter dice que es un invertido.

Cruzaron la carretera para meterse en la cantina donde prosiguieron discutiendo los graves asuntos de Terence Fielding hasta que Perkins, con muy pocas ganas, se tuvo que marchar a una clase particular. Como tenía notas muy bajas en ciencias, necesitaba alguna clase extra en esta asignatura.

Ahora, la cena a la que Perkins había aludido por la tarde tocaba a su fin. Terence Fielding, decano de los catedráticos de Carne, se sirvió un poco más de oporto, y, fatigado, apartó un poco el decantador a la izquierda. Era su mejor oporto. Le quedaba bastante aún para llegar hasta finales de curso. Luego, todo daría igual. Se sentía fatigado —había presenciado todo el partido—, algo bebido y la compañía de Shane Hecht y su marido le aburría. Desde luego Shane era repulsiva: maciza, absorbente como una valquiria marchita. ¡No le faltaba más que aquella cabellera negra! Mejor hubiera sido invitar a otros. A los Snow, por ejemplo. No, él era demasiado inteligente. A Félix D’Arcy. Pero tampoco, porque Félix D’Arcy tenía la manía de interrumpir siempre. Al fin y al cabo, ya no tenía remedio. Un poco

más tarde, haría que Charles cogiera un buen berrinche para que se marchara pronto.

Hecht se removió inquieto en su asiento. Quería encender la pipa, pero Fielding se lo impedía diabólicamente. Simplemente porque no le parecía bien. Si Hecht quería fumar, no tenía más que encender un puro. La pipa podía quedarse muy bien donde estaba, metidita en el bolsillo del esmoquin. Aquel perfil atlético para nada necesitaba una pipa.

—¿Un puro, Hecht?

—No, gracias, Fielding. Pero mire, si no le importa...

—Me permito recomendarle los puros. Me los envió el joven Havelake de La Habana. Ya sabe que su padre es el embajador.

—Pues claro —dijo Shane con cierta condescendencia—. Vivian Havelake estaba en el destacamento de Charles cuando Charles era comandante de cadetes.

—Buen chico ese Havelake —observó Hecht, apretando los labios para valorar lo estricto de su juicio.

—Resulta divertido ver cómo cambian las cosas —intervino Shane Hecht con viveza y con la sonrisa maquinal del que no lo encuentra nada divertido—. ¡Y pensar que ahora vivimos en un mundo tan gris! ¡Me acuerdo tan bien de cómo era todo antes de la guerra! De cuando Charles pasaba revista a los cadetes montando en un caballo blanco. Ahora esas cosas ya no se estilan, ¿verdad? No es que tenga nada contra Iredale como comandante, no. Nada de eso. ¿En qué regimiento estaba antes? ¿Lo recuerda usted, Terence? Ah, estoy segura de que haga lo que haga ahora en el regimiento, lo hará como nadie. Se lleva divinamente con los muchachos, ¿no? Y su mujer es tan simpática... Lo que no puedo

explicarme es por qué razón no les dura nada el servicio y tienen que cambiar cada dos por tres de criada. Por cierto, he oído decir que Rode se encargará de los cadetes el curso próximo.

—¡Pobre Rode! —dijo Fielding con estudiada lentitud—. Siempre corriendo de un lado para otro como el perrillo que trata con sus gracias de ganarse una galleta. ¡Y que se lo toma a pecho! ¿Han visto cómo aullaba en el partido? Antes de venirse aquí nunca había visto un partido de rugby, el pobre, en las escuelas secundarias no se juega al rugby, sólo al fútbol. ¿Lo recuerda, Charles, recién llegado aquí? ¡Algo fascinante! Al principio no abría la boca. Se lo comía todo y a todos tan sólo con los ojos: deporte, vocabulario, modales. Hasta que un día, como si hubiese recobrado de pronto la facultad de la palabra, se lanzó a hablar en nuestro lenguaje. Asombroso. Como si le hubieran hecho la cirugía estética. Obra de Félix D'Arcy, claro. En mi vida he visto cosa igual.

—Y la señora Rode —dijo Shane Hecht en aquel tono vago, impersonal, que reservaba para sus más venenosas sentencias—, tan simpática... y de gustos tan sencillos..., ¿no? Por ejemplo, ¿a quién se le hubiera ocurrido colocar esa fila de patos de porcelana en la pared? Los grandes en primer término y los pequeños detrás. ¡Qué encanto! ¿No? Como si fuera un salón de té. Me gustaría saber dónde los compró. He de preguntárselo. Me han dicho que su padre vive en Bourne-mouth. ¡Qué solo debe de sentirse! ¿No? En un lugar tan vulgar, sin poder hablar con nadie...

Fielding volvió a sentarse y recorrió la mesa con la vista. Los cubiertos de plata, impecables, los mejores de todo Carne sabía que decían y él no podía dejar de

confirmarlo. Este semestre, como único adorno, velas negras. Uno de esos detalles que la gente recuerda cuando uno ya no está.

—¡Ah, el viejo Terence sí que era un maravilloso anfitrión! Antes de que lo jubilaran, y como despedida, invitó a cenar a todos sus colegas. Con sus esposas. Velas negras en la mesa, algo conmovedor. Se le partía el corazón al tener que dejar la «casa» que fue suya durante tantos años.

Pero ahora tenía que meterse con algo que incomodara profundamente a Charles Hecht. A Shane le gustaría, sin duda, porque aquel enorme cuerpo suyo, enorme y horrible, alimentaba una solapada culebra que odiaba a Charles.

Fielding miró a Hecht, luego a su mujer. Ella le devolvió la sonrisa, la lenta y corrupta sonrisa de una puta. Por la mente de Fielding cruzó la imagen de Hecht paciando en aquel grueso cuerpo: una escena a lo Lautrec... Sí, eso es. El pomposo Charles con la chistera puesta, sentado rígidamente sobre el cubrecama de felpa. Ella, maciza, oscilante y aburrida. Se complació en la imagen: era algo deliciosamente perverso retrotraer al bobalicón de Hecht desde la espartana pureza de Carne a los burdeles del París del XIX...

Fielding se puso a hablar, o mejor a pontificar con aquel aire de amistosa y condescendiente objetividad que tan ofensivo le resultaba a Hecht.

—Cuando vuelvo la mirada atrás y pienso en los últimos treinta años que he pasado en Carne me convenzo de que he conseguido menos en esta vida que un barrendero de la calle. —El matrimonio tenía los ojos fijos en él—. Antes me consideraba superior a un barrendero, pero ahora tengo mis dudas. Ve algo sucio, lo

limpia y el progreso del mundo sigue adelante. Pero yo..., ¿qué es lo que he hecho yo? Atrincherarme tras las posiciones de una clase dirigente que no se distingue ni por su talento, ni por su cultura, ni por su ingenio. Mantener vivos a lo largo de otra generación los privilegios de una época ya acabada.

En el otro extremo de la mesa Charles Hecht, que jamás había logrado dominar el arte de no escuchar a Fielding, enrojeció y dio muestras de agitación.

—¿Acaso no les enseñamos nada, Fielding? ¿Es que se olvida de los premios y becas que hemos conseguido?

—Yo en toda mi vida no he enseñado nada a uno siquiera de mis alumnos, Charles. Casi siempre porque el muchacho no era lo bastante inteligente, pero en otras ocasiones porque no lo era yo. Comprenda que, en la mayoría de muchachos, la percepción muere con la pubertad. Es cierto que en unos pocos persiste, pero nosotros, en cuanto la descubrimos, nos apresuramos a matarla. Y si a pesar de nuestros esfuerzos sobrevive, el muchacho se hace con un premio o una beca... Shane, sea paciente conmigo que éste es mi último semestre.

—Ya sea su último semestre o no, está hablando por hablar, Fielding —dijo Hecht, enojado.

—Es tradicional en Carne: esos éxitos a que se ha referido son en realidad fracasos, los raros alumnos que no aprendieron la lección de Carne. Los que han ignorado el culto a la mediocridad. Nada podemos hacer por ellos. Pero para los otros, desorientados cleriguillos y soldaditos fanáticos, para ellos, la verdad de Carne está escrita en sus muros con letras de fuego y nos odian.

Hecht hizo un esfuerzo por reír.

—¿Por qué, si tanto nos odian, tantos de ellos vuelven a vernos? ¿Por qué se acuerdan de nosotros y vienen a visitarnos?

—Porque somos nosotros, querido Charles, somos nosotros las inscripciones en letra de fuego. La única lección de Carne que no olvidan jamás: vuelven para aprender, ¿no se da cuenta? De nosotros fue de quienes aprendieron el secreto de la vida: hacerse viejo sin hacerse mejor. Se dieron cuenta de que aquí no ocurría nada, de que envejecíamos sin la impronta de la cegadora luz que sorprendió a san Pablo camino de Damasco, sin ninguna sensación de madurez.

Fielding echó la cabeza hacia atrás y contempló la insulsa moldura victoriana del techo y el sucio halo de la luz rosácea.

—No hemos hecho nada más que envejecer un poco, seguir contando los mismos chistes, pensar en las mismas cosas, suspirar por lo mismo. Año tras año, Hecht, seguimos igual, invariables, ni más listos ni mejores. Entre todos, en los últimos cincuenta años de nuestras vidas, no tuvimos ni un solo pensamiento original. Han descubierto el truco, el de Carne y el nuestro. Lo que había detrás de nuestros disfraces académicos, de nuestros chistes de aula, de nuestros modestos ofrecimientos de ser los consejeros de sus vidas. Y es por esa razón por lo que siguen viniendo aquí, año tras año de sus desorientadas vidas estériles, a contemplarnos fascinados, a usted y a mí, Hecht, como niños ante una tumba, con la esperanza de descubrir el secreto de la vida y la muerte. Oh, sí. Por lo menos eso sí lo aprendieron de nosotros.

Hecht se le quedó mirando un momento en silencio.

—¿El decantador, Hecht? —dijo Fielding, con un

tono algo conciliador. Pero los ojos de Hecht seguían fijos en él.

—Si es una broma... —empezó a decir. Su mujer le contemplaba con íntima satisfacción calibrando lo mucho que había sido capaz de encolerizarse.

—Me gustaría saberlo, Charles —replicó Fielding con aparente seriedad—. De veras que me gustaría saberlo. En otro tiempo creía que era un signo de inteligencia confundir comedia y tragedia. Pero lo que es ahora me gustaría saber distinguir entre ambas. —Esta frase le pareció muy buena.

Pasaron a tomar café al salón y Fielding empezó a contar chismes. Pero Hecht rehuyó la tentación. Fielding se arrepentía un poco de no haberle permitido por lo menos encender la pipa. Pero volvió a imaginar a los Hecht en París y ello le reconfortó.

Sí, esta noche había estado francamente bien. Había momentos en que hasta lograba convencerse a sí mismo. Mientras Shane iba a por el abrigo, los dos hombres aguardaron solos en el recibidor sin decir palabra. Shane volvió con una estola de armiño, amarilla de tan vieja, alrededor de sus enormes hombros blancos. Ladeó un poco la cabeza, sonrió y tendió la mano a Fielding con los dedos un poco doblados.

—Terence, querido —dijo mientras Fielding besaba sus gruesos nudillos—. ¡Qué amable ha sido! Y pensar que es su último semestre. Antes de que se vaya, tiene que venir a cenar un día con nosotros. Qué pena. Quedamos tan pocos ya.

Volvió a sonreír entornando los ojos, confundida por la emoción. Luego salió a la calle detrás de su esposo. El frío seguía siendo intenso y el aire auguraba nieve.

Fielding cerró la puerta, pasó el cerrojo tras ellos,

quizá una décima de segundo antes de lo que la cortesía requería y volvió al comedor. Hecht había dejado la copa de oporto a medias. Fielding la cogió y con sumo cuidado vertió el contenido en el decantador. Le fastidiaba pensar que quizá Hecht estuviera demasiado enojado con él: la idea de no caer bien a alguien le resultaba insoportable. Apagó las velas negras de un soplo y humedeció la mecha con el pulgar y el índice. Encendió la luz, sacó del aparador un pequeño cuadernillo y lo abrió. Contenía la lista de las personas que tenía que invitar a cenar como despedida. Con un grueso trazo de su estilográfica, tachó el nombre de los Hecht. Ya había cumplido. El miércoles, los Rode. El marido valía la pena, pero lo que era ella... peor que un infierno... No era eso lo que ocurría siempre con los casados, no; por lo general las esposas solían ser más simpáticas.

Abrió el aparador, sacó una botella de coñac y un vaso. Cogiéndolos con una mano y apoyándose con la otra en la pared, se dirigió al salón arrastrando los pies, hastiado. ¡Señor! ¡Qué viejo se sintió de pronto! Ese dolor agudo en el pecho, esa enorme pesadez en las piernas y los pies. ¡Qué esfuerzo suponía estar siempre con gente, siempre en escena! Detestaba la soledad, pero la gente le aburría. Estar solo era sentirse cansado y no poder dormir. Cierta poeta alemán dijo una vez: «Tú puedes dormir cuando quieras, pero a mí me toca bailar», y él en cierta ocasión lo había citado. Sí, era algo así.

«Así soy yo —pensó Fielding—. Así es Carne: un viejo sátiro que baila al son que tocan.»

La música era cada vez más rápida y los cuerpos cada vez más viejos, pero tenían que seguir bailando:

había esos jóvenes que aguardaban entre bastidores. Antaño le había resultado hasta divertido bailar los viejos bailes en un mundo nuevo. Se sirvió otro poco de coñac. En cierto modo, no le apenaba despedirse de todo aquello, aunque no tuviera más remedio que ir a enseñar a otro lugar.

Innegablemente, Carne era hermoso... El claustro de la abadía en primavera..., las siluetas de los muchachos, como flamencos en adoración..., el flujo y reflujo de los niños al compás de las estaciones del año mientras los viejos morían entre ellos. Le hubiera gustado ser pintor para representar el espectáculo de Carne con aquellos tonos ocres del barbecho en otoño... «Lástima —pensó Fielding—. Lástima que con una mente tan sensible a la belleza como la mía, no tenga talento creador.»

Miró el reloj: las doce menos cuarto. Casi la hora de salir... a bailar en vez de irse a dormir.